XXIII

AL DUQUE

Si no creyésemos que París es una gran villa —en el sentido más enfático de la palabra— saldríamos de dudas al visitar su Palacio en la Exposición, donde el organismo urbano de París y la red de sus funciones se descubre mostrando su complicada variedad. Este Municipio es más que un Ministerio; es un reino.

A la orilla del Sena, frente á la calle de las Naciones, y mirando al Palacio de Italia, se alza el vasto edificio de la villa de París. En él se puede estudiar á fondo la manera de sanear, regir, vigilar, hermosear y engrandecer una urbe. Nuestro Municipio madrileño debía costear el viaje á los ediles presentes y futuros, y el duque de Santo Mauro, que vendrá según dicen á asistir al banquete monstruo de los *maires*, tiene con qué entretener los ojos y llenar de apuntes útiles la cartera.

Lo primero que debe ver el Duque, á quien dedico este artículo, no por lo de Duque, sino por lo de Alcalde, son las dos salas del pavimento. El piso de Madrid, aparte excepciones, es todavía según lo describió Teófilo Gautier: hecho de guijarritos cuidadosamente puestos cara arriba por su parte más cortante. Un andaluz, en esto no hiperbólico, decía que en Madrid vamos pisando bocas de perros que muerden. Con pavimentos tales, la gente se hace sedentaria y perezosa, y el rico no sale del coche. El admirable piso de París infunde actividad y aficiona al ejercicio.

Digo, pues, que el Alcalde matritense podrá examinar en el Palacio de la Villa los métodos de *pavage:* el empedrado á rollo, el empedrado sobre arenas, el empedrado sobre betún, el asfalto, ya pasado de moda, y el entarugado, que es el del porvenir. Verá las aceras de betún y cemento. Se enterará de que la Villa compra la madera de los tarugos y la prepara en sus talleres y se ahorra gastos, aunque rabien los contratistas. Aquí se exponen las máquinas de preparar tarugo y las muestras de maderas. Hay hasta caoba.

Examinará en seguida los procedimientos del riego de las calles, y los de alumbrado, por gas y electricidad; la capitalísima cuestión del agua potable merecerá su solicitud, porque realmente los madrileños son demasiado resignados en esta materia, y pasan sed ó beben barro y cuecen la comida y se lavan ó bañan en barro la mitad del año sin sublevarse. Sublévese el Alcalde por los madrileños. ¡Hermosa sublevación! Aquí encontrará los planos en relieve de los conductos de agua que surten á París; de los canales y obras de traída; y, en estanquitos, comparará la limpidez y las condiciones de las diversas aguas. La exposición de los laboratorios municipales le advertirá—aunque es muy ilustrado el Duque—de los peligros que á la salud pública origina el agua con inmundicia. Admirará los sistemas de limpieza y despejo de las cloacas, y los servicios ya establecidos aprovechando el París subterráneo; como que por las cloacas van los tubos neumáticos y los cables telefónicos, que ahí estropean los tejados. Conductos de agua y alcantarillas: los dos polos de la salubridad en la corte. Los romanos lo sabían y lo practicaban. Sin los recursos que brinda la ciencia moderna, aquel pueblo insigne consiguió que sus manantiales y sus cloacas hoy sean todavía admiración del viajero.

El Sena era otra cloaca antaño. Ya los líquidos de París no se derraman en el Sena sino después de filtrarse por el terreno y soltar en él toda la impureza, fecundizándolo. Ruego al Alcalde que sin obligarme á ahondar en cuestión tan *shocking*, adivine lo que no digo, y se entere de lo mucho que omito y se relaciona con lo más indispensable al saneamiento de una población. De lo pestífero vienen las pestes. Relea el Alcalde de Madrid los estudios interesantísimos de Serrano Fatigati sobre las causas de la excesiva mortalidad en la capital de España, llamada allí *capital de la muerte*. Para hacer

comprender á todos lo que en esto se ha adelantado, hay en el Palacio de París cuadros y figuras que tienen su lado ultracómico.

Supongo que el Duque cargará la consideración en la Beneficencia. Combatir la miseria es otra manera de desinfectar, higienizar y despejar letrinas. Aquí no se ven mendigos.

Los poquísimos que tienden la mano no molestan, ni porfían, ni van sucios, ni enseñan llagas. En el Palacio abundan los modelos de asilos, los frutos del trabajo de los asilados. Le gustará al Duque la inspección de salubridad y de desinfección general, las estadísticas, los modelos de las grandes estufas, las muestras de telas y muebles fumigados sin estropearlos en lo más mínimo. ¡Y qué servicios de ambulancias; y qué procedimientos de vacunación! No ha mucho los periódicos españoles nos informaron de que en Madrid arreciaba la viruela y faltaba vacuna. Aquí, el ramo que se conoce por *puericultura*—cultivo del niño—ocupa el primer puesto. No sé si el cáncer denunciado por Zola en su novela *Fecundidad* es tan extenso como el novelista lo supone; no sé si deliberadamente se impide en Francia que nazcan tantos séres; pero cuando viene al mundo la criatura, se piensa en ella, se la atiende como á una planta delicada y preciosa. Ahí es frecuente oir que no se paga á las nodrizas en las Casas-cunas, ó que una nodriza tiene que criar á cinco ó seis pequeñuelos, matándolos de hambre.

No hablemos de las enfermedades de los Hospicios: caquexia, escrófulas, oftalmías. ¡Qué

desvelo aquí para evitar esos males! No diré que se haya llegado á la perfección; pero se adelanta, se mejora sin cesar. Hay que fijarse en el cuartito de aislamiento, dependencia del Hospital de la infancia, que expone la Villa de París, y en las máquinas incubadoras de niños, y las precauciones adoptadas para el uso del biberón, y la ropa, y la ventilación, y la calefacción... Sin olvidar la enseñanza, en la cual, como sabemos, se gasta cantidades fabulosas el Municipio.

Siguiendo el método que rige en toda la Exposición, y que consiste en presentarnos el estado antiguo á fin de que lo comparemos al moderno, la Villa expone una sala del hospital del Hotel Dieu, donde cinco ó seis enfermos se apiñan en una sola cama, como sardina en banasta, cabeza con pies y pies con cabeza: medio seguro de que se pegasen unos á otros las infecciones, y cada cual adquiriese lo que no tenía. Así se explica el terror al hospital, persistente en las aldeas y entre la gente humilde. Es la tradición, que les recuerda las ignominias y las torturas de esos establecimientos mortíferos. También se ve, de bulto, el trato dado á los dementes en los buenos tiempos de antaño: el infeliz desnudo, encadenado, en una mazmorra. Si no entraba loco, loco saldría.

Sería necesario escribir una docena de artículos para reseñar sucintamente todo lo que le importa ver al Duque. Y sólo un médico, un químico y un higienista eminentes serían capaces de explicar como se debe este Palacio, una

de las instalaciones más completas y científicas de la Exposición. Ciencia por todos lados: meteorología, análisis micrográficos del agua, el aire, el suelo, los alimentos; trabajos complicados de laboratorio para evitar adulteraciones, contagios y fraudes; la ciencia en la vida diaria, en la cesta de la cocinera, en el regazo de la madre, en la carreta del labrador...

El Municipio examina los alimentos, y realmente en París se come sano y bien, y no se oye hablar de intoxicaciones por latas descompuestas, leche artificial y setas ponzoñosas. Y cuenta que en París es enorme el consumo diario de setas y hongos. Pero en los mercados centrales los examina el Municipio, y sólo se permite vender los inofensivos. La inspección sanitaria veterinaria presenta en el Palacio un divertido Museo patológico comparado: huesos y carne de los animales comestibles; tejidos normales, tejidos degenerados y enfermos. Aprendemos á evitar que nos den gato por liebre. Otro aspecto científico del Palacio es el laboratorio de toxicología. Muchos crímenes se han descubierto en estas oficinas; entre ellos recuerdo el de un farmacéutico envenenador de su mujer, y que había usado, como del oficio, un alcaloide dificilísimo de comprobar. Se comprobó, sin embargo, después de investigaciones minuciosas. La justicia salió del fondo de las retortas y tubos del químico.

Todo lo dicho no es sino parte de lo que recomiendo al Duque y asimismo al señor Gobernador de Madrid. Ni aun en estilo de inventario me cabe aquí la policía—la policía, el misterio parisiense. En esta ciudad de millones de almas, donde confluyen delincuentes y viciosos para ocultarse ó para tener campo abierto; donde la concupiscencia se exaspera ante el lujo,—para que la criminalidad disminuya, como va disminuyendo, para que la seguridad no sea una irrisión, para que no se cometan diariamente centenares de atentados, ¡qué ruedas y qué agallas ha menester la policía! El prefecto de policía de París, siempre me ha parecido un gran general. Hoy se me figura un Napoleón.